

**ARTURO USLAR PIETRI**

**¿EN QUE MEDIDA SE HA CUMPLIDO EL VATICINIO**

**DE USLAR PIETRI ("AHORA", 1936) SOBRE EL**

**PARASITISMO RENTISTA EN LA**

**VENEZUELA PETROLERA?**



No es sin un cierto sentimiento de frustración y de dolor, que vengo hoy a participar en esta reunión. La vida me ha permitido ser testigo directo y a veces participante de este proceso dramático que llevó a la Venezuela rural de comienzos de siglo a la Venezuela petrolera, enloquecida por la riqueza que conoció la década pasada y luego hasta esta de hoy que se asoma con angustia y sin rumbo cierto a una situación nueva y en muchos sentidos, amenazantes.

No necesito explicarles el contraste que existe entre la Venezuela de 1936 y la de hoy. Tal vez convendría evocar algunas cifras para los más jóvenes que están presentes aquí. En 1936, Venezuela tuvo la sensación de que se alzaba un telón y se abría un panorama casi desconocido. Había finalizado el largo gobierno de Juan Vicente Gómez, a la sombra del cual se habían ido creando las condiciones y las circunstancias que iban a determinar y a exigir un cambio y a provocarlo en muchos sentidos.

Sin embargo, en ese momento, cuando el país empieza a tomar un poco de conciencia de la dimensión de sus problemas, el presupuesto nacional era de 169 millones de bolívares. Añádanle ustedes a esto todo lo que quieran para compensar la diferencia del poder adquisitivo de la moneda y aún seguirá siendo una suma infinitamente ridícula. La población del país no llegaba a los tres millones de habitantes. La inmensa mayoría del territorio estaba invadido por el paludismo y atravesaba un largo proceso de decadencia y de muerte. Las carencias eran visibles, no había una maternidad, no había una Facultad de Ingeniería petrolera, no había una Facultad de Geología, no había, desde luego, una Facultad de Ciencias Económicas. Lo que el país descubría era un panorama sobrecogedor. La inmensidad de las necesidades y la miseria de los recursos materiales, para expresarlo así, habría podido producir un estado de parálisis; de parálisis, de horror. Aquella visión y aquella desproporción habría podido producir en los hombres, en quienes les tocó vivir esa hora, una sensación de impotencia irremediable. Y no fué así. Yo viví esa hora y participé de esa hora y puedo hablar con autoridad de ella.

Lo que ocurrió fue todo lo contrario. Se desarrolló una voluntad de hacer desproporcionada y acaso quijotesca. La sensación de que los venezolanos podíamos enfrentar ese problema, que podíamos salir adelante, que podíamos resolver esas inmensas dificultades, que nuestro problema no era un problema de hombres, sino que era un problema de recursos materiales. Y tratamos de compensar los recursos materiales, que eran escasos, con voluntad de hacer. Era una época en que nadie preguntaba cuánto le iban a pagar; en que se desarrolló un voluntariado gigantesco en todo el país. Las gentes querían servir, las gentes querían aprender, las gentes querían incorporarse a una tarea útil sin preguntar nunca cómo le iban a remunerar aquello o si le iban a remunerar aquello.

La mayor de las actividades se hicieron altruistas y gratuitas. Cuando se fundó la Facultad de Ciencias Económicas en la Universidad Central de Venezuela, no había para pagar los sueldos de los profesores y se fundó de una manera absolutamente desprendida. No se le pagó un céntimo a ningún profesor de la Escuela y así la fundamos y así comenzó a funcionar.

De modo que había un espíritu muy positivo. La sensación de que había carencia, de que habían problemas intensos, de que había una escasez desproporcionada de recursos, pero de que había capacidad y voluntad en los hombres para vencerlas. Teníamos fe en los venezolanos. Ahora 50 años más tarde, han llovido sobre este país todos los recursos soñables e imaginables y nos encontramos en una situación que no tiene justificación ninguna y hemos llegado ahora a la trágica situación de que los venezolanos tenemos desconfianza en los venezolanos y esa es la más grande de las consecuencias de este proceso.

Hace 50 años creíamos en nosotros. Hoy dudamos profundamente de nosotros. Ya se ha dicho aquí y se dirá abundantemente, cuál fue el proceso del petróleo en aquel pequeño país marginal que era la Venezuela prepetrolera; cómo lentamente fué apareciendo ese nuevo recurso; cómo fue incorporándose a la economía nacional; cómo fue aumentando su importancia, hasta convertirse en la mayor fuente de ingreso del estado y desde luego, en la más importante fuente de divisas. Es una historia que no vale la pena que yo repita aquí y les robe a ustedes tiempo con ella. Pero fue un crecimiento rápido, continuo, que no le permitió al país adaptarse debidamente a él, ni madurar dentro de él y que desgraciadamente se precipitó y desbordó de una manera incontrolable y desmesurada en la década de 1974 a 1984.

Esa inundación de riquezas trastocó todos los valores todos los parámetros, todas las dimensiones visibles. Fue como una gran borrachera nacional de petróleo. Pensamos que todo se podía hacer; que el petróleo daba y permitía realizar todas las imaginaciones más desbordadas que pudiéramos concebir, que era posible dar el salto sobre el tiempo y sobre la madurez; que era posible adquirir con aquel dinero todos los bienes y que era posible con una vara de virtud, transformar en escaso tiempo, en meses -ya ni siquiera en años- aquel país lleno de problemas, de contradicciones y de situaciones negativas, en un país industrial que pudiera equipararse a cualquier país desarrollado de la tierra.

Esa pérdida de perspectiva, esa pérdida de las nociones fundamentales, esa idea de que con dinero se compra todo -y es mentira- ha sido una de las peores causas que nos ha llevado a la situación en que nos encontramos hoy en día y que constituye, sin duda alguna, una inmensa responsabilidad para todos los venezolanos en general, en grado variable y de una manera particular y muy grave para los hombres que han ejercido y compartido responsabilidades de gobierno en Venezuela, en los últimos 10, 11 ó 12 años.

Esa situación trajo cambios cuantitativos inmensos. No voy a citarles las cifras, archiconocidas, de cómo aumentó el gasto público hasta cifras astronómicas, que hubieran sido inconcebibles, para un venezolano de 1936; cómo aumentaron las importaciones de una manera galopante; cómo con petróleo, éramos compradores de todas las baratijas del mundo; cómo con petróleo pensábamos que de una manera mágica podíamos crear industrias, podríamos transformar la fisonomía y la mentalidad de los hombres.

Efectivamente, transformamos la mentalidad de los hombres en muchos sentidos. Nos hicimos imprevi-

sores, más confiados en el azar; los hicimos menos responsables de su acción; les creamos una noción mágica de la riqueza y esa noción mágica de la riqueza tuvo consecuencias trágicas en el país. Perdimos, en el más estricto sentido de la palabra, las proporciones. Esa pérdida del sentido de las proporciones se tradujo en contradicciones flagrantes. La primera y más visible fue ésta. El año de 1948, a la vista de una situación que empezaba a perfilarse claramente, yo publiqué un pequeño libro en que recogí cosas que había escrito desde antes, titulado "De una a otra Venezuela", y sostenía allí que el petróleo había provocado en aquel país de entonces, la creación real de dos situaciones completamente distintas dentro del mismo. Un país que en aquel momento era el más vasto, porque todavía era un país rural, de campesinos, que vivían en el siglo XVII, con todas las limitaciones de una economía muy poco productiva, atados a la tierra, sin ninguna posibilidad de progreso, negados a todo acceso posible a la educación y por otra parte, un país concentrado en algunas grandes ciudades, sobre las que la riqueza petrolera llovía y hacía posible transformaciones aparentes y visiblemente fantásticas, en las que surgían edificios de vidrio y de acero gigantescos, en las que se llenaban las avenidas, continuamente extendidas y ampliadas, de más y más automóviles de lujo; en las que construían las viviendas más caras; en las que se daban las fiestas más rumbosas; en las que se importaba de todo, del mundo entero, a los precios más altos. Esos dos países existían y existían trágicamente y era visible que esa consistencia era sumamente amenazante y prácticamente insostenible.

El primer resultado visible fue ese cinturón de miseria que se creó alrededor de las principales ciudades de Venezuela. ¿Qué era eso? Era el éxodo, la marcha de la Venezuela rural que se acercaba al resplandor de las ciudades petroleras; no para incorporarse a ellas, porque no podían

hacerlo, ni estaban preparados para ello, sino para acercarse al festín, para acercarse a la posibilidad de recoger algunas migajas, para por lo menos contemplar aquel parámetro de vida, sin límites, sin tamaño y sin medida, que ante sus ojos crecía. Y así, dramáticamente, se creó ese problema que hoy nos asombra y que no es sino el reflejo de aquel país, al que se le pudo haber hecho una transición razonable y lógica hacia el progreso; un país de aventuras, de asaltos, de improvisaciones y de riqueza mágica.

Esos males fueron profundos y dañaron extraordinariamente. Yo he dicho alguna vez y aquí quiero repetirlo, que los dos males principales que ocasionó el petróleo, podrían ser estos: el crecimiento inorgánico y la erosión moral. El crecimiento inorgánico ha sido uno de los aspectos más dramáticos de la vida venezolana en estos últimos 20 o 25 años y particularmente, en los últimos 12 años. Los países que han crecido en el mundo, han crecido a base de una sola cosa: del trabajo productivo; del aumento de la productividad, de la capacidad de ahorro y de la capacidad de producción de su población.

No ha habido escapatoria para eso. Ninguno de los pueblos que ha llegado a tener una función preeminente en el mundo lo ha logrado de otra manera. Pero desgraciadamente, el petróleo introdujo en Venezuela, la noción de que era posible hacer esto de otra manera. Que la riqueza era algo que no dependía de nuestro trabajo, que no dependía de nuestro esfuerzo, que estaba allí, que llovía del cielo, que lo dispensaba una especie de San Nicolás inexhaustible y que todo lo que hacía falta era acercarse a él, tener alguna manera de acceso a él para recibir inesperadamente, gratuitamente, sin esfuerzo y a cualquier título, una parte de aquella bonanza.

Eso trajo como consecuencia el que se pensara que con ese dinero era posible ganarle tiempo al crecimiento



to. A un crecimiento sin raíz, a un crecimiento sin cuadros, a un crecimiento sin correspondencia ninguna con el Estado Social del país económico. Con dinero se compraron inmensas plantas; con dinero se construyeron obras de infraestructura gigantescas, que parecían más bien la satisfacción de crear un paisaje económico falso, en lugar de la realidad dependiente de una actividad concreta. No podíamos vivir sino como parásitos del petróleo, porque la inmensa tragedia que ocurrió fue que nos hicimos cada día más dependientes del petróleo. Dejamos de depender del trabajo de los venezolanos y empezamos a depender crecientemente de esa riqueza que salía del subsuelo y de las muchas artes, buenas y malas de las que podíamos valernos, para tener alguna participación en ella.

Esa falsificación de la realidad era insostenible y era visible que lo era, porque todos los que estábamos haciendo era parasitismo petrolero. Cuando implantábamos aparentemente una industria grande o mediana ¿qué era lo que estábamos haciendo? Una industria parásita del petróleo. No podíamos exportar, porque los niveles a que condenaba el petróleo nuestras monedas, no lo permitían. Estábamos gozosamente entregados al carnaval de las importaciones, pero instalábamos aquellas plantas impresionantes, que no podían funcionar, sino con un subsidio petrolero de una u otra forma, porque desgraciadamente la vida venezolana entera ha sido una vida subsidiada por el petróleo en todos sus órdenes.

Por lo tanto, ha sido una vida en gran parte falsa; una vida aparental. No se crearon esas industrias, no se crearon esos desarrollos aparentes, como el desarrollo fruto de un crecimiento, de un desarrollo normal y sano, de un ente social que produce más, que consume más, que se integra más; sino fue una manera adventicia, sin ninguna regulación, ni con la población ni con su capacidad productiva. Iban sur-

giendo estas aparentes instalaciones económicas, como surgen ronchas en un organismo enfermo. En el fondo, eran simplemente formas parasitarias del petróleo, porque toda la vida venezolana estaba subsidiada por el petróleo.

Ese era evidentemente uno de los males centrales. Esa dependencia, ese parasitismo gozoso que habíamos entregado, hubiera sido necesario haberlo previsto. Hubiera sido necesario darse cuenta de que aquello no era sano; de que aquello era más aparential que real y que tarde o temprano, esa fuente creciente de riqueza loca que era el petróleo, iba a tener una disminución y que ese día iba a ser un día trágico, porque todo ese aspecto aparential de crecimiento iba a encontrarse en el vacío y sin base. Sin embargo, no lo hicimos, no se hizo así, no se pensó.

Así, en 1936, cuando me atreví a decir que había que sembrar el petróleo, lo que estaba diciendo era una cosa obvia. El petróleo no era resultado de un trabajo nacional. El petróleo era una especie de empréstito divino, sin plazos y sin intereses, que había recibido este país y que había que emplearlo como se emplea un empréstito. Emplearlo prudentemente, sensatamente, teniendo en cuenta los rendimientos y la posibilidad de reconstruir el capital recibido. Con ese criterio hemos debido manejarlo y no con el criterio de un manantial inagotable que llovía sobre nosotros que fue lo que predominó.

De modo que el petróleo hizo un mal esencial que fue el crecimiento inorgánico. Inorgánicamente crecieron nuestras ciudades; inorgánicamente crecieron las aparentiales industrias que fundamos; inorgánicamente creció toda la vida nacional, sin consistencia, sin esqueleto, sin raíz, sin salud. Nadie podía cegarse ante la fragilidad y la vulnerabilidad extrema de esa situación. Junto a ese mal del crecimiento inorgánico, surgió otro, que fue el de la erosión moral. No puede llover sobre una sociedad, una creciente abundancia de riquezas no ganada, sin que eso perturbe, trastrueque y cambie, las mentalidades.

Lo que vino a constituirse en Venezuela fue una mentalidad del azar y de la riqueza como magia. Todos podíamos ser ricos, sin esfuerzo. Todos podíamos ser ricos con viveza; todos podíamos ser ricos con suerte. Nadie pensaba que el camino de la riqueza era el trabajo, la productividad, el ahorro, sino que era simplemente estar bien acomodado, bien relacionado y oportunamente tener la viveza suficiente para aparentar lo que era necesario aparentar. Y eso trajo una erosión moral inmensa. Se borró la frontera entre lo lícito y lo ilícito. El parámetro de medida era el parámetro de la riqueza aparente. Valía más quien tenía un automóvil más costoso, valía más quien gastaba dinero de una manera más ilimitada y loca. Ese trastrueque de valores afectó profundamente el sentido moral del venezolano y ese es uno de los problemas graves que el petróleo nos ha legado y nos da en el presente.

Esto se complementó con un cambio del juego de valores en el país. La Venezuela pobre, la Venezuela limitada, prepetrolera, era económicamente un país orgánico, muy modesto, muy limitado, pero orgánicamente constituido. Los venezolanos vivían del trabajo de los venezolanos. Un trabajo poco productivo, de rendimiento escaso, pero un trabajo del que vivían los dos millones de venezolanos de la época. Y eso creaba una economía orgánicamente sana, que podía crecer, que podía mejorar, que podía mejorar orgánicamente. En cambio, cuando la riqueza petrolera llueve sobre el país, desaparece toda orgnicidad económica. No era que una actividad engendraba otra; no era que un crecimiento productivo creaba una posibilidad de mercado y determinaba en otra rama, un aumento productivo a su vez. Era que todos podíamos participar, de alguna manera, en esa riqueza gratuita que llovía sobre nosotros y que permitía que no se pensara en ahorro, ni en capitalización, ni en el valor productivo de las cosas que hacíamos. Siempre había manera de compensar, porque habría más dinero.

Eso creó y fomentó esa mentalidad mágica en el venezolano; ese desdén por el trabajo, ese desdén por la vir-

tud que es, después de todo eso, saber que todos los hombres estamos en el mundo para ganarnos la vida, para justificar nuestra presencia. Estamos para dar, porque a nadie se le da nada gratuitamente. Todo lo que alcanzamos tenemos que pagarlo de alguna manera y compensarlo de alguna manera y quien piense que todo viene de un don gratuito, un día va a tener un mal despertar.

Ese cambio de mentalidad hizo que se desarrollara en aquel país la idea de que la riqueza era el producto de un azar y eso explica por qué Venezuela se transformó en esos años de abundancia, en el más grande garito que el mundo ha conocido desde la Cuba de Batista. Venezuela es uno de los países en que el juego prolifera de la manera más escandalosa, patrocinado por el Estado, amparado por el Estado, sostenido por los medios de comunicación. Si uno hiciera una investigación a nivel de los jóvenes de Venezuela menores de 15 años y les preguntara cuál es la capital del Estado Yaracuy, es posible que un porcentaje importante de ellos no lo supiera, o que no supiera en qué año se dió la Batalla de Ayacucho. Pero sí sabrían cuál es el posible favorito en la tercera válida que va a correrse el domingo próximo, porque todo el esfuerzo de comunicación del país se ha dirigido a propagar la idea del juego, la idea de la lotería, la idea de la riqueza fácil.

En Venezuela, en este momento, -y son cifras oficiales- se está jugando en loterías, en el 5 y 6 y en ese abominable, ilegal y escandaloso juego de los terminales, una suma que excede los doce mil millones de bolívares anuales. Y esto ocurre a ciencia y paciencia de los gobiernos y de la opinión pública. Es decir, que Venezuela pasó de haber tenido, por la dureza y la miseria, una pedagogía de trabajo y de esfuerzo, a tener una pedagogía de 5 y 6.

Todos estos son los aspectos negativos que nos ha dado el petróleo: crecimiento inorgánico, erosión moral. Estos males se agravaron en la década que va del 74 al 84.

Cuando surgió ese crecimiento escandaloso de la riqueza petrolera; cuando de repente aumentaron siete veces los precios del petróleo y luego en la década siguiente aumentaron 15 veces, parecía efectivamente que era un caso sobrenatural, que el petróleo iba a producir más y más y más dinero ilimitadamente y que los venezolanos no teníamos necesidad ni de trabajar ni de preocuparnos de otra cosa que de buscar una manera de pegarnos como parásitos a chupar de esa riqueza. Esa idea insensata prevaleció en el país y trajo consecuencias sumamente graves.

En el año 1974, cuando ocurre esa alza de precios, los grandes países industriales del mundo, se dan cuenta de lo amenazante que era para ellos ese aumento de los precios del petróleo, de cómo podía afectar su estabilidad económica y su propio crecimiento y de inmediato empezaron a tomar medidas defensivas, no explicables. La principal organización económica que asocia los grandes países industriales del mundo que es la OCDE, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, fundó por iniciativa del entonces Secretario de Estado de los Estados Unidos, señor Kissinger, una especie de agencia internacional que se llama AIE o Agencia Internacional de Energía, en la que se agrupaban los principales países industriales del mundo y claramente y sin tapujos de ninguna clase, anunciaron su propósito: defenderse contra la posibilidad de que los precios del petróleo los afectaran o siguieran subiendo. Se fundó y así lo dije yo en esa época, la anti-OPEP. Una anti-OPEP desgraciadamente muchísimo más efectiva, muchísimo más eficaz, muchísimo mejor concebida y dirigida que la OPEP.

Y ¿qué hizo la anti-OPEP? Estableció un plan drástico de reducción del consumo de petróleo y logró resultados importantísimos. Hicieron todo lo que pudieron para sustituir al petróleo como fuente energética; lo sustituyeron por energía atómica en alguna cantidad; lo sustituyeron en gran cantidad por consumo de carbón, especialmente para la calefacción y algunos procesos industriales empe-

zaron a utilizar la energía solar; invirtieron inmensas sumas en buscar nuevas fuentes de petróleo, lo que cambió completamente el marco y la referencia de la situación petrolera del mundo. Si no hubiera habido esta alza de los precios del petróleo, no habría petróleo del Mar del Norte.

Y además de esto, resolvieron constituir inmensas reservas estratégicas de petróleo. De aquel petróleo caro compraron todo el que podían. En los Estados Unidos se habilitaron antiguas minas de sal abandonadas para llenarlas de petróleo, con el propósito de que esos países pudieran hacerle frente a la presión de la OPEP y pudieran disponer de petróleo almacenado para, por lo menos, seis meses de actividad, sin comprarle una barril de petróleo a la OPEP. Nunca ha habido en el mundo una guerra más avisada. Pero aparentemente, los hombres que gobernaban a los países productores de petróleo, estaban sordos y ciegos. Nadie se dió cuenta de que allí venía una amenaza inmensa, perfectamente lícita. Cada quien tiene el derecho de defenderse. Y esa creación de la Agencia Internacional de Energía pedía una redefinición de la política petrolera de los países productores. Era necesario que así como ellos estaban creando reservas de petróleo, nosotros creáramos reservas de dólares. El arma nuestra contra ellos era el petróleo. El arma de ellos contra nosotros era el dólar. Sin embargo, mientras ellos acumulaban petróleo para poderse independizar hasta por seis meses de la OPEP, nosotros no acumulábamos dólares para podernos independizar ni una semana de flujo que la venta del petróleo nos producía.

Eso revela una diferencia de mentalidad trágica y grave. No solamente no se crearon esas reservas que nos hubieran permitido tener una posición de equilibrio y de defensa frente a los países industriales, sino que nos ingenuamos de una manera absolutamente injustificada para acumular una deuda inmensa. Aquel país en el que había llovido dinero no le alcanzó ese dinero y contrajo deudas gigantescas, de modo que nuestra posición de vulnerabilidad y dependencia ha ido mucho peor. Mientras era visible que los países industriales iban a llegar a una situación

en que la dependencia de los países OPEP iba a bajar drásticamente, mientras acumulaban inmensas reservas de petróleo, mientras creaban una unidad política frente al problema energético, nosotros nos dedicamos a gastar dinero alegremente, en las cosas más absurdas y encima de eso a endeudarnos, lo cual nos puso a merced de los países industriales.

Nuestra vulnerabilidad se hizo infinitamente mayor de lo que nunca fue y es la situación en que estamos hoy. Estamos ante una baja de los precios del petróleo, ante una estrechez del mercado petrolero por la competencia de nuestras fuentes energéticas y por la aparición de otras fuentes petroleras que no dependen de la OPEP. No hay perspectiva de que esa situación vaya a mejorar en un plazo relativamente corto y en lugar de tener cómo hacer frente a eso, haber acumulado reservas, no habernos endeudado -lo cual nos colocaría en una situación privilegiada- no haber dirigido ese gasto petrolero a lo aparential, sino a lo real, haber creado en Venezuela una sociedad más sana y más equilibrada, haber creado en Venezuela una economía que pudiera sostenerse sobre sus pies, hicimos exactamente lo contrario.

Cuando yo digo hicimos, digo una injusticia. Todos tenemos una parte de responsabilidad. Pero ante la historia de Venezuela, los gobiernos de esa década llevan una de las responsabilidades más grandes que la historia del país ha conocido y algún día el país pedirá cuenta de esto. Yo no estoy aquí anunciando como Casandra la catástrofe y el apocalipsis. No se ha acabado Venezuela y no se va a acabar. Venezuela tiene hombres, tiene recursos humanos, tiene capacidad de recuperación y podría, desde luego, con gran esfuerzo y con gran voluntad de hacer, defenderse de la situación en que ella misma se ha colocado, recuperar terreno, rectificar rumbo, crear las condiciones de una vida nueva para una estructura sana de porvenir y para ver las cosas en su realidad y para enfrentarlas de una manera sensata y cuerda.

El recurso petrolero está allí, bajo la tierra. Venezuela tiene una de las reservas petroleras más grandes del mundo. El petróleo no va a desaparecer como elemento energético. Seguirá siendo de primera importancia por lo menos en los próximos 30, 40 ó 50 años, pero de una importancia decreciente. Lo que hemos vivido estos últimos diez años, no volverá más nunca. El papel del petróleo en el mundo va a ser decreciente, menos importante, con mercados más difíciles y por lo tanto Venezuela tiene que despertar de ese largo sueño que estuvo ausente de su propio destino y de su propia responsabilidad y ponerse a trabajar, ponerse a producir, ponerse a emprender el difícil camino que ha sido siempre difícil y duro y que han recorrido los que han llegado a ser pueblos importantes de la tierra.

Nada se ha recibido por regalo ni por Don Divino. Ha sido el producto de una voluntad y de un espíritu. Allí están países como el Japón, que prácticamente no tienen recursos naturales, pero que tienen una población disciplinada, productiva y trabajadora, que los convierte en una de las grandes potencias del mundo, de una manera permanente. Y así están muchos otros países. ¿Por qué no podemos nosotros ahora, después de esta dura experiencia, aprender la lección y ponernos a trabajar seriamente, para rectificar el rumbo, para quitarnos todas estas muserañas de la cabeza, para ver la realidad venezolana con ojos desnudos, para pedir y exigir más de cada uno de nosotros y no tender la mano pedigueña, sino dar la presencia humana? Aquí estoy yo para ver qué puedo hacer y en qué puedo servir. Ese cambio de mentalidad nos los va a exigir el tiempo, nos los está exigiendo y mientras más pronto lo entendamos, será mejor.

Me complace mucho de que la Academia Nacional de Ciencias Económicas, de la que yo tengo el honor de ser miembro, haya iniciado este Foro. Yo quisiera que él pudiera llegar, en toda su intensidad y preocupación, a todos los venezolanos, a muchos más que los que están en



esta sala, porque no hay cuestión más fundamental para cada uno de los venezolanos de hoy, para todos los que asistimos a este duro momento, que llegar a la convicción de que tenemos que rectificar profundamente, que no podemos seguir viviendo de verdades o de mentiras convencionales; que la hora del esfuerzo sensato, continuado y útil ha sonado definitivamente para este país y quizás haya sido para bien.

